

presentación del libro

"violencia y abusos sexuales en la familia.
un abordaje sistémico y comunicacional",
de Reynaldo Perrone y Martine Nannini

Este es un libro serio, que merece ser seriamente comentado. Mi forma de hacerlo es un tanto clásica. Me gustaría situar primero el libro de Perrone y Nannini dentro del conjunto de las últimas y valiosas obras que autores argentinos o que han visitado la Argentina (algunos de ellos viven, como Perrone, en el extranjero) han dedicado al tema. Ellas se complementan entre sí, brindando un rico marco teórico, y a la vez, esto permite apreciar la originalidad de la obra que hoy presentamos.

Procurar, entonces, una modesta puesta al día de la cuestión en la Argentina, para luego destacar el aporte del libro que comento, y finalizar con algunas observaciones personales.

Una modesta puesta al día

1. Echemos primero un vistazo atrás. Las opiniones de los hombres sobre su propia violencia han sido casi tan abarcativas como la violencia misma. Se mueven con asombrosa generosidad de un límite al otro del espectro ideológico. Baste recordar que nada menos que La Bruyère, en el siglo XVII, escribió que "estando el hombre dotado de razón, de sentimiento y de afectos, no hay medio de explicar cómo la guerra es humanamente posible."

Tiempo después, a comienzos del siglo XIX, el genio archiconservador y archicatólico de José de Maistre se entretenía en San Petersburgo escribiendo sus "Veladas". En la séptima, cita a La Bruyère y previno que "cuanto más loca se considere a la guerra, ser tanto menos explicable". Su propia explicación, quizá la más loca de todas, parte de la base de que "la gran ley de la destrucción violenta de los seres vivientes se cumple sin cesar desde el más pequeño insecto hasta el hombre. La Tierra entera, empapada continuamente en sangre, no es más que un ara inmensa donde todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte. La guerra es, pues, casi divina en sí misma, puesto que es una ley del mundo", concluye.

Siglo y medio después otro francés notable, Merleau-Ponty, en *Humanisme et Terreur*, normalizó la cuestión explicando que "la violencia es nuestro mundo, puesto que estamos encarnados... es el punto de partida común a

todos los regímenes. La vida, la discusión, la elección política, acontecen sobre ese fondo."

Estos tres ejemplos (La Bruyère, Jos, de Maistre, Merleau-Ponty), tan opuestos entre sí y tan cercanos en el espacio y en el tiempo, pueden darnos sólo una pálida idea de las dificultades que el hombre tiene para pensar el tema de su propia violencia. A tal punto que muchos la divinizan, como otros la demonizan, para poder lidiar con ella.

2. Pasemos al presente. Cincuenta años después que Merleau-Ponty, hace pocas semanas, la notable antropóloga Françoise Héritier, continuadora de su maestro Claude Lévi-Strauss, estuvo entre nosotros proponiéndonos su meditación sobre "las matrices de la intolerancia y de la violencia". Procuré entonces explicar porqué, "la violencia es nuestro mundo", como diría Merleau-Ponty, aunque sin presupuestos teológicos ni filosóficos.

Me extenderé algo sobre su pensamiento, como una inauguración más directa del tema de la violencia familiar. Para M. Héritier la oposición anatómica y fisiológica entre lo masculino y lo femenino ha traído como consecuencia para la humanidad una clasificación primordial de las cosas y los seres en función de su identidad o de su diferencia. Todos los seres que tienen pene son semejantes entre ellos y diferentes de los que tienen vulva. Esta categoría binaria de lo idéntico vs. lo diferente, extraída principalmente de la observación de la diferencia sexual, conforma fundamentalmente nuestro espacio mental. Las categorías binarias de las cuales el ser humano se sirve para clasificar, pensar, representarse y organizar el mundo, que oponen dos términos irreductibles el uno al otro, están presentes de una manera universal en todos los idiomas, y constituyen la armadura tanto del discurso científico como de los sistemas de representación en general y del lenguaje cotidiano. Esta forma particular del espacio mental depende estrictamente de la necesidad de clasificar oponiendo. Ella ha nacido de la observación de la diferencia de los sexos. Inexorablemente ligada a ésta por sus orígenes, jerarquizada en el sentido de una dominación de lo masculino sobre lo femenino y por tanto desigualitaria, ella es el cuadro, la matriz primordial y universal de las relaciones sociales y de todo el pensamiento.

El ser humano tiene así una necesidad, un deseo y una felicidad de estar "entre los suyos", sea entre los consanguíneos, los de su propio territorio, o los de su propio género. Para construir el lazo social, según M. Héritier, ha habido que luchar contra el deseo de estar entre los propios. De aquí el tabú del incesto, la ley y la moral. Concepciones muy fuertes sobre la sangre, la

pureza y su unicidad crean a lo largo de la historia la intolerancia y el deseo de exterminación, por ejemplo, de heréticos, leprosos, judíos y homosexuales: la intolerancia es siempre la expresión de la voluntad de asegurar la cohesión de lo idéntico, de lo que es considerado como relevante para el sí mismo, destruyendo todo lo que se opone a su preeminencia absoluta.

Es cierto que también se puede matar "hacia adentro" de la comunidad, del grupo, pero dentro de la ley, de lo permitido, según las reglas. No es lo mismo con "el otro". El juego combinado de los dos placeres de estar entre los suyos (consaguinidad/territorialidad y género), se ejerce plenamente en esta área. Dentro de una lógica jerárquica, no puede haber equilibrio ni igualdad entre las dos partes y entre los sexos, por la dominación masculina. De la misma manera, las relaciones entre las comunidades humanas, sea que se trate de bandas o de naciones, son percibidas y vividas como relaciones de fuerza, antes que la razón y la convicción humanista establezcan relaciones de igualdad y cooperación.

Según H. ritier, la violencia, ya sea concebida como violación del cuerpo, de la mente o del territorio del otro, como irascibilidad o como ardor incesante y extremo de la devoción religiosa (que termina en la exclusión del otro o en el martirio: esto es, dentro del otro o fuera de sí) es siempre una perversión de la necesidad de proteger y del deseo de poseer: si no encuentra límites institucionales o psicológicos, encuentra su modelo en la imagen misma del acto sexual tal como lo describieron Freud y Gandhi.

Y como contrapartida de esa voluntad de poder existe en el otro un sentimiento de impotencia. Impotencia de hacer respetar su cuerpo, su territorio, su pensamiento. El sentimiento de vergüenza de la víctima frente a su impotencia es el corolario obligado del sentimiento de triunfo o de buena conciencia de aquel que se impone a una víctima no consintiente.

La víctima sólo reencuentra el respeto de ella misma cuando la justicia pone un nombre a su sufrimiento y penaliza al verdugo. Tiene necesidad de saber de manera pública que ella existe y que no es culpable.

La violencia es así, para H. ritier, una cuestión natural. El hombre posee naturalmente esas necesidades, reacciones, afectos emociones y pulsiones elementales que lo llevan a ella. Y si bien lo propio de toda vida social es canalizarlas por la ley, enseñorearse de ellas y sobre todo definir las áreas de derecho fundadas sobre el reconocimiento del Sí mismo y del Otro, la violencia no es un carácter aislable en la especie humana.

En cualquier caso, la construcción política debe siempre ser rehecha. Una política

universal es posible a condición de reconocer de manera universal la existencia de esos procesos invariantes, que están siempre presentes, contra los que cada individuo, cada sistema educativo, cada Estado, debe conscientemente luchar. Ello implica una educación verdadera en la alteridad.

3. Pasemos del campo de la antropología al de la terapia familiar, acercándonos así al libro que hoy presentamos. Clo, Madanes, a través de sus excelentes "Sexo, amor, y violencia" y "Violencia masculina", este último de reciente traducción, nos ha dejado reflexiones que posiblemente hoy ya tengamos incorporadas a nuestra cultura. La contrapongo a H,ritier, porque si para ésta la violencia es la consecuencia natural del tan natural pensamiento binario y sólo puede ser combatida por la educación y la ley, para Madanes en cambio la violencia es nada más y nada menos que la contracara del amor. Todos los problemas que precisan terapia, dice, derivan de la oposición entre el amor y la violencia. La cuestión principal para los seres humanos es la de si deben amarse, protegerse y ayudarse entre sí o entrometerse, dominar y controlar, haciendo daño y ejerciendo la violencia sobre los demás. El problema se complica porque el amor implica intrusión, dominio, control y violencia y porque se puede ejercer la violencia en nombre del amor, la protección y la ayuda. Cuanto más intenso es el amor, más cerca está de la violencia, en el sentido de posesividad intrusiva.

Para Madanes, entonces, la violencia se origina en la desviación de la curiosidad por el otro y del deseo de proteger y de ser protegido por él. No se trata, como para H,ritier, de la victoria del deseo básico de estar entre los propios y repeler a los diferentes. Coincidentemente, para Madanes la labor del terapeuta es cambiar las metáforas de lucha y violencia por metáforas de amor. No es que cada individuo, cada sistema educativo, cada Estado, deba luchar conscientemente contra esos procesos invariantes que están siempre presentes y que son el trasfondo natural de lo humano, en aras de una ética universal.

Lino Guevara escribió hace tres años un trabajo llamado "Violencia Familiar y Mundos Posibles. Aspectos de la construcción familiar de sentido" en donde normaliza tanto el Amor como la Guerra. El cese de la violencia, según él, puede favorecerse viendo los actos violentos como una serie de intentos erróneos destinados a la búsqueda de afirmación de una identidad, la del violento, a expensas de las de los otros. Se me ocurre ésta como una hermosa síntesis de H,ritier y Madanes, que precisaría de desarrollos más amplios que seguramente vendrán.

4. Pero hay visiones distintas. María Cristina Ravazzola ha publicado recientemente entre nosotros "Historias infames: los maltratos en las relaciones", síntesis de su labor de más de diez años en esta materia.

Ravazzola aporta una importante novedad al describir el fenómeno, sin ignorar su complejidad, desde una perspectiva que pone el acento en lo político cultural. Así lo vio desde 1985, cuando escribió su primer trabajo sobre el tema, llamado: "Puertas adentro: "Refugio o terror?"

Ravazzola parte de la base de que un régimen autoritario es un régimen sumamente estable que descansa en tres pilares: ideas que proporcionan un sustrato teórico, interacciones que reproducen esas ideas, y un reconocimiento de los sectores sociales hacia esas ideas, que generalmente se expresa a través de estructuras. El discurso autoritario, según ella, está basado en desigualdades jerárquicas inamovibles, que a su vez tornan invisibles las indignidades. En el terreno de la familia la idea de la "natural" desigualdad jerárquica hombre-mujer va además acompañada del supuesto del concepto monolítico de familia, la mística de la condición maternal y una creencia en la capacidad desigual del hombre y la mujer para la toma de decisiones. Es más: según Ravazzola, la violencia política queda desacreditada socialmente una vez que termina su obra de destrucción; en el terreno familiar, en cambio, las creencias tenidas por "naturales" están tan arraigadas que aún después de supremas violencias el orden autoritario familiar suele restituirse. A estas ideas muchas veces adhieren inconscientemente o conscientemente los operadores sociales llamados a hacer cesar la violencia, y los mismos terapeutas. La originalidad de Ravazzola reside, entonces (además de sus importantes, variados y delicados aportes en el campo de la terapia) en haber mancomunado los estudios sobre autoritarismo y sexismo, mostrando cómo el problema de la relación masculino-femenino cobra estabilidad, autoridad y mayor capacidad destructiva al ponerse en contacto con las ideas, creencias y estructuras políticas abusivas. Y a la vez, cómo las ideas, creencias y conductas machistas, que llevan a la violencia familiar, colaboran en la alimentación de regímenes autoritarios violentos. Las creencias y estructuras autoritarias y machistas han invadido también la mentalidad de la mujer, al punto de que ésta sienta "vergüenza ajena" por la conducta del hombre que la ha dañado.

En el sagaz conjunto de ideas de Ravazzola, entonces, la democracia no sólo es vista como un sistema político alternativo sino como la base misma del respeto a los derechos humanos, incluso dentro de la familia.

5. En el año 1994, como un resultado de la Carrera Interdisciplinario de Especialización en Violencia Familiar de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, el licenciado Jorge Corsi y otros docentes publicaron "Violencia Familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social". La mirada de la ctedra es ecosistémica y divide los espacios en tres: en el macrosistema existen creencias y valores culturales acerca de la mujer, el hombre, los niños y la familia y una concepción acerca del poder y la obediencia, que legitiman la violencia. En el exosistema (próximo a la familia) existe la legitimación institucional de la violencia, los modelos violentos (medios de comunicación), la victimización secundaria, los factores económicos y de patología social de riesgo, la carencia de legislación adecuada, la escasez de apoyo institucional para las víctimas y la impunidad de los perpetradores. Y en el microsistema (la familia donde la violencia se desarrolla) historias personales de violencia, aprendizajes de resolución violenta de conflictos, autoritarismo en las relaciones familiares, baja autoestima y aislamiento.

El modelo descriptivo de Jorge Corsi, el Director de la Carrera, culmina en el abordaje del "síndrome de la mujer maltratada" a cargo de la Lic. Mónica Liliana Dohmen, en el mismo libro: se trata de un abordaje plural, psicológico y social, individual, familiar y grupal a la vez.

El aporte de Perrone y Nannini

Hasta el punto en que estoy enterado, comienza en 1988 la producción teórica de Perrone en torno del tema de la violencia. En una conferencia que dio en noviembre de ese año en la Sociedad Argentina de Terapia Familiar comenzó vinculando sus ideas con su práctica profesional. "Yo trabajo, dijo allí, en Francia y las áreas donde me desempeño son: el Servicio de Psiquiatría Infantil del Hospital Universitario de Saint Etienne, donde soy responsable de un sector de la ciudad, en la consulta de niños y adolescentes; y por otra parte soy director de un instituto de formación en técnicas de la comunicación, donde hemos desarrollado algún tipo de experiencias de investigación con respecto a la violencia familiar. Durante tres años trabajé con el Ministerio de Justicia en una delegación de un barrio de Lyon, conocido en Francia porque durante varios veranos hubo allí estallidos de violencia bajo la forma de violencia entre jóvenes, entre bandas, y entre jóvenes y la policía. Yo tuve la suerte, expliqué, de trabajar con un grupo de educadores y asistentes sociales y psicólogos delegados de la justicia que tenían un departamento en ese

barrio."

En esa conferencia Perrone se ocupó del tema que constituye a mi modo de ver el núcleo de su manera de enfocar la violencia: los procesos mentales y sociales vinculados con la ley. La ley es para Perrone el resultado de una tentativa de salir del caos, de la anarquía, de la barbarie. Pone un límite a la pulsión y al deseo. Introduce la igualdad y la protección entre los miembros del grupo. Está ligada a la autoridad, que la dicta y la hace cumplir.

“¿Cómo interviene la ley en la sociedad? se pregunta. Si la socialización es la adopción de modelos de comportamiento aceptados por la sociedad, buscados por esta misma sociedad e impuestos también por ella, la ley entonces resulta un instrumento de modelización y de normatividad. Esta modelización es el resultado de procesos de identificación, pero hay grupos que encuentran su identidad en la revuelta contra el modelo. La ley, que por esencia es general, igualitaria y dictada por una autoridad constitucional, se opone a la ley de la arbitrariedad del individuo.

Ahora bien, se pregunta Perrone, “¿cómo internalizan la ley los miembros de la sociedad? En tres etapas, contesta: la primera es un estado de miedo reverencial a la sanción, la segunda es el deseo de la conservación de sí mismo, la tercera es el respeto al otro como ser diferente. En la primera etapa es necesaria una actitud de mutuo reconocimiento de la autoridad y del subordinado; si no se produce, no hay siquiera interiorización del concepto de sanción.

En la familia, sigue diciendo Perrone, se producen dos tipos de acciones que tienen que ver con dos registros distintos: uno es de tipo educativo, otro tiene que ver con lo afectivo. El primer registro, el educativo, tiende a fabricar seres sociales que puedan integrarse en la sociedad, de ahí la socialización y la modelización. El segundo registro, el afectivo, tiende a satisfacer necesidades emocionales individuales. Naturalmente que el crecimiento del sujeto se produce por un equilibrio entre las dos perspectivas.

El fracaso de la interiorización de la ley se produce, según concluye Perrone, cuando los dos registros se contaminan mutuamente: se premia o sanciona afectivamente la adhesión o apartamiento del modelo social de la familia.

Si, como he dicho, el centro del interés de Perrone está puesto en la ley y en el proceso de adquisición interna de la ley, su análisis y enfoque operativo sobre la violencia familiar va a girar también sobre este eje. En efecto, en el libro que hoy se presenta, si bien el autor no deja de tener presentes las diferencias de género o los factores macrocontextuales, ellos no le interesan. Lo que le

importa es el fenómeno comunicacional en sí mismo.

Su "tercera premisa", que a mi modo de ver constituye todo un hallazgo y que a muchos no complacer, dice que "en principio debe darse por sentado que todo individuo adulto, con capacidad suficiente para vivir de modo autónomo, es el garante de su propia seguridad. Si no asume esta responsabilidad, estimula los aspectos incontrolados y violentos de la otra persona, con lo que organiza y alimenta una interacción de carácter violento. Esta idea, continúa, nos permite concebir las relaciones humanas desde un punto de vista transaccional, donde cada individuo debe realizar operaciones tendientes a garantizar su seguridad personal. Si la persona no efectúa tales operaciones, las transacciones se organizan de tal modo que se vuelve posible la aparición de la violencia".

Esta premisa se complementa con otras tres: 1. La violencia no es un fenómeno individual sino la manifestación de un fenómeno interaccional; 2. Todos cuantos participan en una interacción se hallan implicados y tienen, por lo tanto, una responsabilidad en ella; y 3. Cualquier individuo puede llegar a ser violento, con diferentes modalidades o manifestaciones.

Estas premisas permiten a Perrone describir el fenómeno violento de una manera enteramente comunicacional: se trata de una secuencia de transacciones, o sea de una cadena de mensajes contiguos y enlazados, que finalmente forman un modelo circular. No se trata de víctimas ni de verdugos sino de emisores, receptores y participantes de la secuencia en que existe la violencia.

El recorte observativo de Perrone convierte a su ojo en un ojo eminentemente operativo. La violencia no es, en su descripción, ni un fenómeno político cultural que nos sobrepasa e inunda, ni está originada en el sometimiento a pasiones incontrolables. Ni divina ni demoníaca, ni natural ni perversa, la violencia es un fenómeno comunicacional destructivo, en el cual son responsables todos los que intervienen en la secuencia.

El segundo hallazgo de Perrone consiste en el descubrimiento de que no toda la violencia responde a un solo modelo circular. El ha encontrado dos, enteramente diferentes entre sí. Uno es el de la violencia-agresión, que se encuentra entre personas vinculadas en la transacción por una relación de tipo simétrico igualitario (cualquiera sea su sexo, edad, posición social, etc.). Tiende a la movilidad, en la búsqueda continua de nuevos equilibrios. El otro es el de la violencia-castigo, cuando las personas tienen una relación complementaria y desigualitaria. Tiende a la inmovilidad, ya que la energía

est puesta en mantener la desigualdad.

V,ase que los modelos de observaci3n sexistas o pol3tico culturales no tienen lugar para la compresi3n de la violencia-agresi3n porque parten de la base filos3fica de que la violencia presupone el sometimiento. Perrone puede, desde su punto de observaci3n, darse hasta el lujo de ver una "pausa complementaria" en el modelo circular de la violencia-agresi3n. Y tambi,n el de hacer un diagn3stico benigno y dar un favorable pron3stico en este tipo de violencia. No puede pasarse por alto la enorme ventaja de contar con un instrumento anal3tico que permita separar modelos circulares diferentes y no aplicar las mismas pautas observacionales (o, peor, iguales instrumentos terap,uticos) a casos radicalmente diferentes.

Un tercer importante descubrimiento de Perrone es haber incluido las rigideces contextuales en la secuencia operacional. As3, el consenso impl3cito que la pareja ha construido mediante complejos montajes sint cticos, afectivos y relacionales para operar el ritual de la violencia, su repetido escenario t,mporoespacial, su aspecto tem tico y sus disparadores, son todos constructos que integran el acto. Al ser analizados desde este punto de vista, pueden luego ser utilizados para cambiar la secuencia y eliminar la violencia. Perrone ampl3a la secuencia, al hacer intervenir en ella a participantes que no son emisores ni receptores de la violencia. Los llama participantes (polic3a, portero, amigos, familia extensa, terapeutas, etc.). Su fuerza modificadora de las secuencias puede transformarlos en reguladores o relais que, sin quererlo, mantengan el circuito en funcionamiento. La descripci3n es tan convincente como acabada y lo interesante de ella es que devuelve a estos participantes su verdadera responsabilidad. Tambi,n las teor3as sexistas o pol3tico culturales involucran a estos terceros, pero los llevan a ubicarse en una posici3n c3mplice por ceguera cultural o por alianza estrat,gica o estructural. Perrone en cambio los ubica en una posici3n que les devuelve operatividad.

Entrega a estos operadores, adem s, un completo protocolo de tratamiento. La pr ctica dir si es 3til. Probablemente sea mejorable, y ,l mismo se encarga de aclarar que los riesgos de que el modelo implique una visi3n reducida son m3nimos si se los compara con la ventaja que supone el uso de etapas y referencias en situaciones que ponen a dura prueba las emociones y los sentimientos de los operadores.

Otro de los hallazgos sustanciales de Perrone se encuentra en el campo del abuso sexual y del incesto. En este terreno ,l prefiere hablar de v3ctima y de abusador (cosa que no hace en el tema de la violencia) para significar

claramente que la persona abusada no tiene culpabilidad. Seguir, su terminología.

Se trata, para nuestro autor, de una relación complementaria de violencia-castigo, pero muchas veces sin agresión. Aquí la relación complementaria, llevada a su grado más extremo, se traduce en la "relación de hechizo". Se trata de una estafa, de una colonización de una mente por otra a través de la mentira. La víctima vive el acto en un estado de confusión, de conciencia reducida, sin sentido crítico, con una imposibilidad de rebelarse. El estupor y el confundimiento se desparrama también sobre los otros miembros de la familia.

A continuación analiza Perrone las técnicas del hechizador, y en esto me parece que reside su aporte más importante al campo del abuso sexual. Las características de la comunicación son: la ruptura de los registros comunicacionales (los mensajes se transmiten en registros contradictorios que provocan sorpresa y perplejidad) y el uso del lenguaje de conminación (no hay escucha del otro, la utilización de la represalia oculta (el niño va a dañar a sí mismo y a su familia si se rebela).

Y así se llega a una de las partes más novedosas e importantes del libro, en la cual Perrone analiza detalladamente las características del hechizo, luego de definirlo como el resultado de un ritual no consensual que provoca un estado de trance. Con el mismo cuidado Perrone estudia la dinámica del hechizo: la efracción o irrupción en el espíritu del otro, su posterior captación o apropiación mediante la mirada, el tacto y la palabra y por último la programación del otro mediante un aprendizaje ligado a un estado emocional determinado. Luego analiza las consecuencias del abuso y de la programación: el brutal despertar sensorial de la víctima, su anormal y no socializable erotización, la tendencia a la repetición en la misma víctima, la evocación del anclaje mediante un solo gesto, el secreto, el pacto, la asunción de responsabilidad por parte de la víctima y sus sentimientos de fatalidad y de vergüenza.

Pero Perrone no se contenta con haber hecho este análisis: él debe servir para la reparación del aparato psíquico de la víctima. Y trae entonces un protocolo de tratamiento, basado en que la víctima encuentre nuevamente su frontera protectora, se sustraiga al hechizo al advertir las técnicas con que le fue impuesto, y desactive sus aprendizajes relacionados con ese hechizo mediante el acceso a niveles de metaaprendizaje.

Y atención, que muchas de estos análisis de Perrone, como él mismo lo advierte, son aplicables a grados extremos de violencia familiar sin abuso

sexual o con abusos de otro tipo, ya sean bipersonales, familiares o colectivos.

Espero haber mostrado cómo el libro de Perrone y Nannini se inserta en el panorama de la actual literatura sobre el tema con un punto de vista original, útil y claro. Si el objetivo de los libros es hacernos comprender mejor los maravillosos claroscuros del mundo y de los seres humanos, y ayudarnos a movernos mejor en medio de ellos, este libro de Perrone y Nannini es un buen libro.

Algunas ideas personales

Sólo añadir, para terminar, algunas ideas personales nacidas de la práctica cotidiana.

1. Las obras reseñadas por mí hoy, inclusive la de Perrone, buscan la causa de la paralización del operador que interviene en un caso de violencia, en su integración homeostática al sistema o en su inconsciente adhesión a las creencias del mismo.

No es, a mi modo de ver, ésta la causa más importante. Pienso que el tema de la violencia se presta fácilmente para la colonización violenta. Por ejemplo: no todas las mujeres que dicen querer separarse quieren separarse... ¿Por qué, lo dicen, entonces, cuando acuden a los servicios? Muchas veces lo dicen como homenaje a la clase dominante que, desde las leyes y las universidades, predica que esa postura es la que corresponde dignamente adoptar.

El encuentro de los servicios con la familia donde se ejerce la violencia es, entre otras cosas, un encuentro intercultural en que aquellos tratan de imponer sus creencias y la familia (desde una posición culturalmente inferior) trata de hacerse comprender por los servicios utilizando el lenguaje de ellos. Es aquí donde se produce el desencuentro.

2. Otra idea que me ha sido útil: seguir las enseñanzas de Milton Erickson. Son altamente productivas si se las bien aplica al campo de la violencia. Muchos lo citan, como Dohmen en el libro de Corsi, pero pocos se atreven a navegar en el sentido que él indica: conectarse con los deseos más profundos de la persona, con sus procesos de aprendizaje anteriores, llevarlos más allá y acompañarla unos metros en el camino de su vida, de una manera tal que sea más libre de elegir su destino, de amar, cuidar y tolerar de una manera más productiva, eventualmente de separarse, etc. Además, esta práctica atenúa los riesgos de la colonización cultural antes mencionada.

3. Otra idea que me ha sido útil es aplicar al campo de la violencia lo que

sabemos sobre las crisis familiares. La división cuatripartita de Pittman, por ejemplo (crisis accidentales, conyunturales, de desvalimiento y estructurales y sus subdivisiones) es de gran importancia porque así el operador puede focalizar en la situación de la familia en lugar de focalizar en su violencia. Su proceso de crecimiento es el que le enseña a hacer innecesaria la violencia. No focalizar en la violencia evita el riesgo de que con la violencia segmentemos el deseo humano sobre el cual ella se encaballa.

Toda acción de paz, creo, debe tender a la paz, o sea, a armonizar los justos deseos humanos, no a eliminar la violencia. Toda acción focalizada en eliminar la violencia lleva el riesgo de ser inhumana y autoritaria. De ser violenta. He aquí una de las tantas formas con que se alimenta la conocida "espiral de la violencia". Los tribunales contribuyen en no poca medida a hacerlo. Las experiencias "pacificadoras" de los E.E.U.U. y de las N.U. nos han enseñado precisamente eso: que la erradicación de la violencia puede engendrar la violencia.

Focalizar en la violencia puede tener, además, como inevitable consecuencia un proceso de "manicomialización" semejante al que a fines del siglo pasado ocurrió con la locura. La propuesta de segregación de la violencia puede implicar un proceso de deshumanización también semejante a aquel. Puede ser antiético e hipócrita, sea hecho desde las iglesias, desde los derechos humanos o desde un feminismo de corte paranoide.

4. Una reflexión. La literatura que hace hincapié, en las raíces político culturales de la violencia se refiere al autoritarismo. Se deja de lado en cambio, como en general en la bibliografía de los últimos años, toda referencia al capitalismo como generador de violencia, incluso intrafamiliar. "Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción", decían Karl Marx y Friedrich Engels en el Manifiesto del Partido Comunista. De hecho, los regímenes socialistas y comunistas jerarquizaron a la mujer y disminuyeron la violencia familiar (hecho constatable hoy mismo en Cuba), y los sistemas democráticos hipercapitalistas generan cada vez más violencia (ejemplo: los Estados Unidos de Norteamérica). Sirva esta pequeña acotación aunque más no sea para recordar pensamientos olvidados.

5. Otra. Perrone, al analizar el hechizo de la víctima muestra cómo éste se derrama también sobre los demás miembros de la familia. La observación es sagaz y útil. Puede darse un paso más: a mi entender, el hechizo también afecta a los operadores, y muchas veces la intermediaria del hechicero es la misma víctima, portadora e inconsciente transmisora del mismo.

6. Para terminar: encuentro que los autores, incluidos los que se refieren a fenómenos sociales macrocontextuales, omiten observar la particular situación histórica de la humanidad.

"Nuestra violencia", era el sugerente título de una obra publicada hace unas décadas, escrita por Jacques L., aut., entonces Director del Instituto de Criminología de París. El sostenía que el aislamiento en que vivían los habitantes de la gran urbe "genera violencia, porque para romper la ausencia de comunicación, decía, ciertos individuos se inclinan a cometer actos totalmente irreflexivos y gratuitos. La soledad crea una angustia, el miedo de ser abandonado, de enfermarse o de ser atacado y estar solo. Todo ello favorece un sistema de defensa que es casi siempre agresivo."

Interesante diagnóstico. En una sociedad en la que, como pensaba Heidegger, "es demasiado tarde para los dioses y demasiado temprano para el ser", en donde como recordé una vez el gran cineasta Marco Ferreri "el viejo modelo ya no sirve, el nuevo todavía no existe y en ese vacío, en ese período de transición, la angustia crece", en esa sociedad generadora de ansiedad, encapsulamiento y aparente indiferencia hacia los demás, en que abundan los Stavroguines dostoievskianos, es lógico, afirmaría L., aut., que abunde la violencia. Nuestra violencia.

Cristóbal Colón, el gran almirante, recurrió a varios métodos para calmar la angustia de sus avezados tripulantes en el histórico viaje en que abandonaron la vieja tierra y tardaban demasiado en encontrar la nueva. Tuvo también que reprimir episodios violentos causados por la angustia. La humanidad viaja en esas tres carabelas y aún no ha aparecido América. Seamos piadosos con nosotros mismos y sepamos convivir con nuestra angustia y con nuestra violencia. Sin los viejos dioses, mediante el estímulo del diálogo y la solidaridad, con los más fuertes amparando a los más temerosos, construiremos un mundo parcialmente nuevo y quizá mejor.

Libros como el que hoy presentamos ayudan a dar un paso en ese sentido.

k^
k

k“k@
@
?

>nhx“ŠyMyQy¹y<y>-y®yF\$y°&yØ(y

ìMhh?

Ø(¯)yÈ*yk2yA3yÊ7yâ8yç8y9kìMh-ìMhìMhìMhìMhìMh

>nhx?9

yŽAy[CyhEyKFyHyKyfLyìMhìMh ìMhìMhìMhìMhìMh

ìMhìMhx?

9y♦=yT?

fLýMyªOy0RyUyWyZy«[yà\yù^yæ`yìMhx?

æ`|dy'fy

gy◆hy'hy-hk®hiii?

>nhx?ijyÃky#my¾oyry9tyáuy

yyyzy1{yìMhx?

